

colchados de algodón, mal aplicados al pecho, pechos y rodela de tabla, ó conchas de tortuga, guarnecidas con láminas del metal que alcanzaban: y en algunos era el oro lo que en nosotros el hierro. Los demás venían desnudos, y todos afeados con varias tintas y colores, de que se pintaban el cuerpo y el rostro: gala militar de que usaban, creyendo que se hacían horribles á sus enemigos, y sirviéndose de la fealdad para la fiereza, como se cuenta de los Arios de la Germánia: por cuya costumbre, semejante á la de estos Indios, dice Tácito que son los ojos los primeros que se han de vencer en las batallas. Cebían las cabezas con unas como coronas hechas de diversas plumas, levantadas en alto: persuadidos también á que el penacho los hacía mayores, y daba cuerpo á sus ejércitos. Tenían sus instrumentos y toques de guerra con que se entendían y animaban en las ocasiones: flautas de gruesas cañas, caracoles marítimos, y un género de caxas que labraban de troncos huecos y adelgazados por el cóncavo hasta que respondiesen á la baqueta con el sonido: desapacible música, que debía de ajustarse con la desproporción de sus ánimos.

Pintabanse el cuerpo para hacerse horribles.

Grandes penachos de plumas.

Sus instrumentos militares.

Formación de sus esquadrones.

Cómo acometían.

Formaban sus esquadrones amontonando, mas que distribuyendo la gente: y dexaban algunas tropas de retén que socorriesen á los que peligraban. Embestían con ferocidad, espantosos en el estruendo con

que peleaban, porque daban grandes alaridos y voces para amedrentar al enemigo: costumbre que refieren algunos entre las barbaridades y rudezas de aquellos Indios, sin reparar en que la tuvieron diferentes naciones de la antigüedad, y no la despreciaron los Romanos: pues Julio Cesar alaba los clamores de sus soldados, culpando el silencio en los de Pompeyo: y Caton el Mayor solía decir que debía mas victorias á las voces que á las espadas: creyendo unos y otros que se formaba el grito del soldado en el aliento del corazón. No disputamos sobre el acierto de esta costumbre; solo decimos que no era tan bárbara en los Indios, que no tuviese algunos exemplares. Componíanse aquellos ejércitos de la gente natural, y diferentes tropas auxiliares de las provincias comarcanas, que acudían á sus confederados conducidas por sus Caciques, ó por algun Indio principal de su parentela: y se dividían en compañías: cuyos Capitanes guiaban, pero apenas gobernaban su gente; porque en llegando la ocasión, mandaba la ira, y á veces el miedo: batallas de muchedumbre, donde se llegaba con igual ímpetu al acometimiento que á la fuga.

Clamores militares.

Sus confederaciones.

De este género era la milicia de los Indios: y con este género de aparato se iba acercando poco á poco á nuestros Españoles aquel ejército, ó aquella inundación de gente que venía, al parecer, anegando

la campaña. Reconoció Hernan Cortés la dificultad en que se hallaba; pero no desconfió del suceso: antes animó con alegre semblante á sus soldados, y poniendolos al abrigo de una eminencia que les guardaba las espaldas, y la artillería en sitio que pudiese hacer operacion, se emboscó con sus quince caballos, alargandose entre la maleza para salir de través, quando lo dictáse la ocasion. Llegó el ejército de los Indios á distancia proporcionada, y dando primero la carga de sus flechas, embistieron con el escuadron de los Españoles tan impetuosamente y tan de tropel, que no bastando los arcabuces y las ballestas á detenerlos, se llegó brevemente á las espadas. Era grande el estrago que se hacia en ellos, y la artillería, como venian tan cerrados, derribaba tropas enteras; pero estaban tan obstinados y tan en sí, que en pasando la bala, se volvian á cerrar, y encubrian á su modo el daño que padecian, levantando el grito, y arrojando al ayre puñados de tierra para que no se viesen los que caían, ni se pudiesen percibir sus lamentos.

Acudia Diego de Ordaz á todas partes, haciendo el oficio de Capitan, sin olvidar el de soldado; pero como eran tantos los enemigos, no se hacia poco en resistir: y ya se empezaba á conocer la desigualdad de las fuerzas, quando Hernan Cortés (que no pudo acudir antes al socorro de los suyos, por haber dado

Anima Hernan Cortés á su gente.

Embóscase con los caballos.

Baralla rigurosa.

en unas azequias) salió á la campaña, y embistió con todo aquel ejército, rompiendo por lo mas denso de los escuadrones, y haciendose tanto lugar con sus caballos, que los Indios, heridos y atropellados, cuidaban solo de apartarse de ellos, y arrojaban las armas para huir, tratandolas ya como impedimento de su ligereza.

Conoció Diego de Ordaz que habia llegado el socorro que esperaba por la flaqueza de la vanguardia enemiga, que empezó á remolinar con la turbacion que tenia á las espaldas: y sin perder tiempo avanzó con su infantería, cargando á los que le oprimian con tanta resolucion, que los obligó á ceder; y fue ganando la tierra que perdian, hasta que llegó al parage que tenian despejado Hernan Cortés y sus Capitanes. Unieronse todos para hacer el último esfuerzo; y fue necesario alargar el paso, porque los Indios se iban retirando con diligencia, aunque caminaban haciendo cara, y no dexaban de pelear á lo largo con las armas arrojadas: en cuya forma de apartarse, y excusar concertadamente el combate, perseveraron hasta que estrechandose el alcance, y viendose otra vez acometidos, volvieron las espaldas, y se declaró en fuga la retirada.

Mandó Hernan Cortés que hiciese alto su gente, sin permitir que se ensangrentase mas la victoria: solo dispuso que se truxesen algunos prisioneros, por-

Sale Hernan Cortés con sus caballos.

Queda roto el ejército enemigo.

Vuelve Cortés á la plática de la paz.

que pensaba servirse de ellos para volver á las pláticas de la paz, unico fin de aquella guerra, que se miraba solo como circunstancia del intento principal. Quedaron muertos en la campaña mas de ochocientos Indios, y fue grande el número de los heridos. De los nuestros murieron dos soldados, y salieron heridos setenta.

Número de el ejército enemigo. Constaba el ejército enemigo de quarenta mil hombres, segun lo que hallamos escrito: que aunque bárbaros y desnudos, como ponderan algunos estran-

Defendianse los Indios con ferocidad. geros, tenian manos para ofender; y quando les faltase el valor, que es propio de los hombres, no les faltaria la ferocidad, de que son capaces los brutos.

Edificase el templo de Nuestra Señora de la Victoria. Fue la faccion de Tabasco, diga lo que quisiere la envidia, verdaderamente digna de la demostracion que se hizo despues, edificando en memoria de ella, y del dia en que sucedió, un templo con la advocacion de Nuestra Señora de la Victoria, y dando el mismo nombre á la primera villa que se pobló de

Circunstancias que facilitaron la victoria. Españoles en esta provincia. Debese atribuir al valor de los soldados la mayor parte del suceso: pues suplieron la desigualdad del número con la constancia y con la resolucion; aunque tuvieron de su parte la ventaja de pelear bien ordenados contra un ejército sin disciplina. Hizo Hernan Cortés posible la victoria, rompiendo con sus caballos la batalla del ejército enemigo: accion en que lucieron igualmente las

manos y el consejo del Capitan, siendo tanto el discurrirlo antes, como el executarlo despues: y no se puede negar que tuvieron su parte los mismos caballos, cuya novedad atemorizó totalmente á los Indios, porque no los habian visto hasta entonces, y aprehendieron con el primer asombro, que eran monstruos feroces compuestos de hombre y bruto, al modo que, con menor disculpa, creyó otra gentilidad sus Centauros.

Novedad que hicieron los caballos.

Algunos escriben que anduvo en esta batalla el Apostol Santiago peleando en un caballo blanco por sus Españoles: y añaden que Hernan Cortés, fiado en su devocion, aplicaba este socorro al Apostol San Pedro; pero Bernal Diaz del Castillo niega con aseracion este milagro, diciendo que ni le vió, ni oyó hablar en él á sus compañeros. Exceso es de la piedad el atribuir al cielo estas cosas que suceden contra la esperanza, ó fuera de la opinion: á que confesamos poca inclinacion, y que en qualquier acontecimiento extraordinario dexamos voluntariamente su primera instancia á las causas naturales; pero es cierto que los que leyeren la Historia de las Indias hallarán muchas verdades que parecen encarecimientos, y muchos sucesos que para hacerse creibles fue necesario tenerlos por milagrosos.

Opinion de que peleó Santiago en esta batalla.